

### ***Perdidas en el espacio.***

### ***Formas de ocupar, recorrer y representar los lugares.***

A. BERNÁRDEZ (coord.):

Madrid: Huerga y Fierro, 1999.

**S**i hubiera que justificar la importancia del tema general de esta obra colectiva, se podrían recordar las categóricas afirmaciones de uno de los grandes *maîtres à penser* de la semiótica contemporánea, Iuri Lotman, cuando defiende que toda cultura se construye sobre dos "lenguajes primarios": la lengua natural y el espacio.

La centralidad del primero de ellos, la lengua, se ha instituido en el vórtice del llamado "giro lingüístico" del pensamiento, que ha sido la aportación epistemológica más patente del siglo recién cumplido. Pero la del segundo disfruta de mayor solera, porque fue establecida en el momento culminante de la filosofía ilustrada: al categorizar el espacio, junto al tiempo, como condiciones *a priori* de la experiencia, Kant propuso un sólido fundamento para la subjetividad universal y para la justificación del sentido socialmente compartido en unas sociedades, las modernas, que relajaban cada vez más sus anclajes normativos en la vida local y comunitaria. Y a la vez proporcionaba la más sublime racionalización del proceso de mundialización del capitalismo, en el que la homologación y la homogeneización del tiempo-espacio desempeñaron -y aún siguen desempeñando- un papel estratégico.

Frente a una vigorosa tradición de las ciencias sociales que concibe el espacio en relación inmediata con el medio físico (como ha analizado Renato Ortiz), las nuevas evidencias de la modernidad-mundo obligan a pensar en figuras del espacio dis-localadas, desarraigadas del lugar: así, entre otras, las formas transterritoriales que adquieren las nuevas "comunidades a distancia" producidas por las migraciones y los flujos económicos y comunicativos contemporáneos. En todo caso, las categorías de pensamiento y los modos de la sensibilidad, tanto hoy como en las sociedades del pasado ancladas a un territorio comunitario o nacional, parecen determinadas por las condiciones particulares de la experiencia social del espacio-tiempo más que por condiciones universal-trascendentales entendidas al modo kantiano.

La reivindicación que Lotman hacía del espacio era, en este mismo sentido, pluralista, pues conforme a los mecanismos semióticos de "duplicación", el espacio se diversifica en propio/ajeno, sagrado/profano, natural/urbano, etc., permitiendo así, junto a la desigualdad de los sujetos respecto a sí mismos (pues el sujeto moderno habita en las fronteras de distintas dis-localaciones, antes que en territorios uniformes),

la emergencia de los sentidos y/o de los ámbitos simbólicos diferenciados que conforman la semiosfera.

El deslindar la parte de las concepciones ilustrado-universalistas que debe defenderse y pervivir, y la que reclama rectificación o ruptura epistemológica, es uno de los asuntos que han ocupado, hasta la obsesión, al pensamiento moral, político y antropológico de los últimos años, al hilo de la polémica sobre el posmodernismo. En todo caso, y soslayando la cuestión de su posible alineamiento en el frente posmodernista —que, desde luego, muchas autoras desdeñan— la teoría feminista sobre el espacio, como sobre el tiempo o la lengua, cuestiona una racionalidad que enmascara en el propio discurso universalista los intereses, actitudes y hábitos culturales masculinos, y por ende una posición, subrepticamente particularista, de género. Y propone positivamente, como en la obra que comentamos, un nuevo pensamiento de la subjetividad.

Señala en su introducción la coordinadora de esta obra: “Perdernos en el espacio ha significado para nosotras cuestionar la visión universal e indivisible de la realidad, y proponer una manera crítica de situarnos en las coordenadas espacio-temporales en las que se inscriben nuestras acciones”. Situar, pues, en un lugar *perspectivo* y *performativo*, y frente a un horizonte igualmente práctico, son supuestos que definen, antes que una reacción antiuniversalista, la posibilidad de un pensamiento que permitiría construir una (por fin democrática) universalidad como diálogo e interacción entre discursos explícitamente situados, entre modos de elaborar, habitar y sentir el espacio, afirmando a la vez epistémica y políticamente la diferencia que alienta en los haceres, decires y sentimientos femeninos.

Los trabajos incluidos en esta recopilación se agrupan bajo tres epígrafes: “espacio y cuerpo en conflicto”, “espacio y representación artística” y “metrópolis y espacios mediáticos”.

Cristina Peñamarín, en su contribución al primer conjunto de estos relatos múltiples, y enfatizando el poder constructivo de la narración y de la memoria, concluye precisamente con una apelación ética a un “ideal normativo sin fuerza coercitiva”, orientado a la acción y a la procuración de otros mundos posibles.

Asun Bernárdez explora las “representaciones tortuosas del cuerpo”, las formas de hiperestesia y de estética del límite en la experiencia somática contemporánea, que agudizan la percepción del cuerpo como valor socialmente construido: la visión siniestra de lo orgánico, la diseminación, la anorexia y la cosificación son algunas de las figuras de esa exploración.

M<sup>ra</sup> José Sánchez Leyva presenta un ensayo de teoría política feminista en el cruce de dos problemáticas: la sexualización social del espacio y la dicotomía entre lo público y lo privado. Frente a las propuestas del feminismo socialdemócrata la autora discute que la mera ocupación del espacio público sea un proyecto emancipador, porque la crítica feminista debe desafiar los dispositivos mismos de objetivación de lo público y encarar las posibilidades de construcción y definición de nuevos lugares sociopolíticos. Tras un análisis igualmente perspicaz de las teorías canónicas de la ciudadanía y del paisaje de la privatización y la personalización neoliberal, Sánchez Leyva propugna la lucha por una “composición heterogénea, móvil, no unitaria ni unificadora, incluso contradictoria, del espacio social”.

El segundo bloque temático del libro reúne tres aportaciones. La primera de ellas, de Olvido García Valdés, presenta una lectura de dos investigaciones artísticas de autorrepresentación, de poetización de la alteridad y de espacialización del cuerpo: las de Remedios Varo y Ana Mendieta. Si la pintura de Varo se orienta a problematizar los misterios de la identidad y “las extrañas conexiones y desconexiones de la existencia”, la obra múltiple de Mendieta explora la pasividad objetual, la regresión sacrificial a la naturaleza, la relación paradójica de integración y de exilio en el mundo y en el orden de lo enajenado por la d(en)ominación.

Eloísa Otero logra que reverdezca un motivo clásico de la escritura femenina: la reflexión sobre su propia práctica. En el encuentro que dio origen a esta recopilación, la estrategia reflexiva de Otero consistió en dar a su texto el espacio y la voz de un “otro” (el también poeta Víctor M. Díez). La versión escrita no desmerece de aquella experiencia, al afrontar las aventuras de la intimidad, del vacío, del límite, en un diálogo radical con otras escrituras, que también incluyen la propia.

Tres obras de teatro de autoras contemporáneas dan pie a Beatriz Hernanz para evocar el modo en que las mujeres pueden habitar un “lugar social heredado” para reconstruir “los trozos del naufragio de la historia” y reinventar “la ficción de su propia realidad”.

Tres son también los trabajos incluidos en la última parte de la obra. El de Cristina Vega expone una investigación sobre los desplazamientos y las percepciones del espacio que realizan mujeres inmigrantes y okupas en un barrio céntrico de Madrid. Estrategias políticodiscursivas como la de la deriva situacionista reverberan en su trabajo.

Maritza Guaderrama explora la construcción de las representaciones espaciales en el discurso de los medios de comunicación. Esta autora ha extendido la investigación

más allá de las tradicionales perspectivas jurisdiccionales y geoestratégicas; en su investigación se proponen sugerentes observaciones “perspectivas” junto a un crítica metodológica muy sagaz del saber científicosocial sobre el espacio: frente a las descripciones simples y unidimensionales afirma que “las nociones espaciales convencionales, naturalizadas, se modifican, cambian y se negocian gracias a la acción de los agentes sociales”.

Josebe Martínez en su “Vaivén fronterizo con muertito al fondo” habla, en fin, de fronteras geopolíticas tan paradigmáticas como la de Tijuana, pero también de prácticas del arte y del discurso que narrativizan la experiencia y el sentido de lo fronterizo.

Se nos presenta, pues, un pensamiento múltiplemente femenino sobre los espacios de la subjetividad, pero también su escritura, el afán de un sujeto epistémico comprometido de modo inexorable en el espacio mismo del discurso. Cualquier lector o lectora de este libro advertirá la extraordinaria energía poética que alienta en la escritura de casi todas sus autoras. Nada perdidas, a pesar del título, al cartografiar estos espacios sociales, culturales, textuales y políticos que, precisamente por tentativos e indecisos, ellas coincidirían en proponer como lugares en que, según la expresión de Benjamin, “nace lo nuevo”.

Gonzalo Abril  
(Universidad Complutense)